

pone una labor paciente de razonamiento, dirigida más al cerebro que al corazón; ganosa de realidades, que no de efectismos. La experiencia nos muestra como es necesario retornar y persistir en la propaganda de ideas que tiene realidad en la conducta y se traduce en lecciones de hechos, más eficaces y elocuentes que las más elocuentes palabras. Así y sólo así resurgiremos firmes y fuertes a la lucha, descuidados de los que se van y de los que se rinden.

La hora presente es de crisis para todas las fuerzas militantes y para todas las conciencias despiertas. Culmina el espíritu de crítica y se siente el trepidar de derrumbamientos inesperados. Y sobre las presentes deleznable contingencias, es menester que hagamos destacar en toda su sencillez y en toda su pureza nuestro ideal, la aspiración de justicia, de libertad, de igualdad y de amor que sintetiza. Es preciso que en medio de las turbulencias de la conciencia pública, atormentada por ruines pasiones, reanudemos la caminata, un momento interrumpida; nos alcemos serenos entre las ruinas de tantas cosas que se vienen al suelo; que nos abramos paso resueltos a triunfar sin preocuparnos del cuándo y del cómo. Que ni las cruentas iniquidades de arriba ni las violencias de abajo sean bastante poderosas para desviarnos, precipitarnos o detenernos. Hagamos nuestro camino apesar y no obstante todas las brutalidades ambientales.

No desconozco que sin la pasión, que acaso sin fanatismos, sin vehemen-

cias individuales, sin terribles sacudidas de las multitudes, perduraría por siempre y para siempre el imperio de la fuerza organizada. Pero sin clara conciencia de la justicia ideal, sin profundo conocimiento de la aspiración sentida, nuestro triunfo sería momentáneo y remache seguro de la cadena que amarrados nos tiene a todas las servidumbres.

Por eso es necesario que atendamos más a los resultados remotos que a los inmediatos, barriendo con mano vigorosa todos los exclusivismos que falsean o mutilan la concepción acratista; dando de lado a tópicos y plataformas que no encajan en una doctrina de libertad; repudiando delirantes actuaciones y trasnochados radicalismos sin cobardes sumisiones a convencionalismos nuevos, tan dañosos como los viejos. Por eso es indispensable que, sin desdeñar las luchas de momento, pongamos la vista en la lejanía que asegura la realización de todo el contenido de nuestras doctrinas. Por eso se impone, en fin, la renovación de la labor propagandista, ennobleciendo, a su influjo, hombres e ideas, que no en vano la experiencia nos alecciona.

Renovemos, pues, y agrupémonos estrechamente para la realización feliz de este empeño de ensanchamiento y de difusión de nuestras ideas. Y que la renovación sea como el resurgir a vida nueva en la que borrados queden los últimos residuos de preocupaciones y errores en que todos hayamos podido incurrir.

R. MELLA

Si se nos pregunta: ¿qué queréis que haga la religión sin el apoyo del Estado? responderemos simplemente: que haga lo que pueda, que sea lo que tenga que ser, que viva si tiene que vivir, que muera si debe morir; *«sit ut est, aut non sit»*. La religión vino al mundo para probar que el espíritu es más fuerte que la materia, fuerte sin la materia, fuerte contra la materia, y no debemos impedir que lo demuestre. Si no puede subsistir por sí misma, no es la verdad; si no puede vivir más que de artificio, no es más que un artificio; si es de Dios, le fue dado, como á Jesucristo, «tener la vida en sí misma»; es necesario que lo demuestre; es su primera obligación; es el sello indispensable de la divinidad; y su certidumbre como su dignidad tienen mucho que perder, en el espíritu de los hombres, con un sistema que permite siempre dudar si la religión debe a sí misma lo que tiene de vida o si lo debe al apoyo de la fuerza pública.

A. VINE